

I

ECUMENISMO CIENTIFICO

TRANSIGENCIA Y UNIDAD EN SAN CIPRIANO

MANUEL R. HERMELO

La preocupación por la unidad de la Iglesia se centra hoy en el esfuerzo de la cristiandad por encontrar el modo de llevar a la práctica el común deseo de unión. Todos sentimos el ansia ardiente de convertir en realidad el deseo del Maestro en su plegaria de la Cena. Pero todos nos preguntamos también cómo conseguir esa unidad, quién debe ceder, si hay que romper moldes o adaptarlos, si debemos transigir o ser intransigentes...

Ciertamente el problema no es nuevo, porque siempre que aparece una idea, surge la dificultad de encontrar el modo de llevarla a la práctica, y la idea de la unidad es tan antigua como la misma Iglesia. Y esta dificultad práctica la encontró ya en el siglo tercero un santo Obispo tan amante de la uni-

dad como fue Cipriano de Cartago. Acaso su autoridad indiscutible en la materia nos sirva de luz y orientación en la hora presente.

* * *

La unidad de la Iglesia forma una comunidad. Y la unión de la comunidad es muy distinta de la unión de una masa. En la masa, los individuos pierden su personalidad y sus características especiales, mientras que la comunidad ofrece al individuo posibilidad de desarrollar sus cualidades y su personalidad, exigiéndole responsabilidad sobre los demás miembros.

Por eso, es conveniente tener en cuenta que, cuando hablamos e insistimos en la unidad, cuando san Cipriano exige de los cristianos la unanimidad, de ningún modo se refiere a una uniformidad o colectivismo de masa, que repugnaría a la personalidad de cada uno. La unidad de la Iglesia no es una unidad de grey, en la que todos marchan al unísono, sin responsabilidad de nadie. La Iglesia no forma una masa, sino una casa donde cada miembro de la familia tiene distintas actividades y su propia personalidad y responsabilidad sobre los demás. La obligación que en esta familia se le impone a cada miembro pretende someter el egoísmo, pero no paralizar ninguna fuerza ni destruir ninguna cualidad especial del individuo.

Todo esto, que es necesario en la Iglesia y un bien para la misma unidad, encierra al propio tiempo grandes peligros. Porque dentro de la misma Iglesia existen personalidades absorbentes, individuos con dotes de mando e ideas propias, hay amantes de una perfección ideal y conscientes de una imperfección real, hay grandes pecadores y grandes santos. Hay quienes no pueden tolerar el mal, y al comprobar que en la Iglesia hay pecados, pretenden formar otra sociedad más santa. Y existen los que se creen incapaces de resistir la fuerza del mal, y cuando la Iglesia les exige santidad, optan por alejarse de ella. Existen, finalmente, los que creen que el mal vence siempre al bien, y para evitar la corrupción, pretenden evitar todo contacto con el error. Y los que confían en el poder de la verdad y el bien, y quieren acercarse al error para vencerlo.

De este modo, y dada esta diversidad de personalidades que la Iglesia no debe destruir, la unidad corre un grave riesgo. ¿Cuál debe ser la postura de la Iglesia ante este peligro? ¿La de conservar el orden y la unión, aún a costa de la perso-

nalidad y la libertad del individuo? ¿O debe respetar la libertad de sus miembros, aunque exista el peligro de que su unidad no sea todo lo perfecta que debiera? ¿Debe preocuparse de su unión interna, evitando para ello todo trato con el error y el cisma? ¿O debe alcanzar a todos con su caridad, bajo el riesgo de que alguno de sus miembros se contagie?

Con frecuencia se ha tachado a la Iglesia de amar demasiado el orden, la sumisión y el respeto. Pero también nos podríamos preguntar si sin estas exigencias se hubiese llegado a conseguir de una sociedad humana el grado de unidad que la Iglesia ha conseguido. El problema es candente y con difíciles atisbos de solución.

Pero acaso una autoridad eclesiástica primitiva de tanto relieve como la de san Cipriano nos pueda dar alguna luz para su posible solución. El tuvo que desarrollar su vida pastoral entre cismas y herejías, entre calumnias y desobediencias a la jerarquía. Sin embargo, nadie puede dudar de su amor a la unidad de la Iglesia, de sus desvelos por conseguirla e incluso de su eficacia. Su testimonio debe sernos, pues, de gran utilidad a la hora de enfrentarnos con este problema.

1. La caridad y la medida de la intransigencia

La intransigencia sistemática se opone a la caridad. Quien vive el amor fraternal, muchas veces, por el bien de la paz y la concordia, tendrá que pasar por alto los defectos de sus hermanos. Y si la unidad de la Iglesia se fundamenta en la caridad, muchas veces la misma Iglesia tendrá que transigir con los defectos de sus miembros, en bien de la misma unidad.

Pero también la excesiva transigencia puede convertirse en falta de amor. La demasiada benevolencia con un miembro de la Iglesia puede acarrear funestos males para la comunidad, por lo que un aparente bien, fácilmente se convierte en mal y un exceso de caridad viene a resultar una falta de caridad. Conservar el justo medio, la recta medida de la transigencia debe ser la mejor norma de caridad.

San Cipriano vivió intensamente la caridad fraternal, como ferviente enamorado y defensor de la unidad eclesiástica. Y su ferviente caridad le llevó a practicar una gran transigencia. El mismo confiesa en carta a san Cornelio:

“Perdono todo, disimulo muchas faltas por el gran deseo de recoger a todos los hermanos. Aún las que se han cometido contra Dios no las examino con juicio escrupuloso de religión. Casi yo mismo falto por perdonar más de lo que conviene”¹.

En solas estas palabras podríamos reducir toda su idea de la transigencia. Para hacer posible la unidad de la Iglesia, para que los hermanos vivan unidos, es necesario perdonar y disimular mucho. Hay que tener siempre los brazos abiertos para recibir a los pecadores. Incluso llega a afirmar que muchas veces deja un poco de lado la ley y se deja llevar del corazón, perdonando acaso más de lo que fuera justo. Hasta tal extremo llega la caridad de un obispo, representante de la Iglesia.

Pero esta transigencia no es una práctica ni una doctrina particular y privada del Obispo de Cartago. Son todos los obispos del norte de Africa quienes se han puesto de acuerdo sobre este particular, y no por propia condescendencia, sino después de haber consultado las Sagradas Escrituras. Así lo manifiesta en su carta a Antoniano, donde dice que, una vez que cesó la persecución y se vieron con libertad, se juntaron un gran número de obispos,

“y compulsados los textos de la Sagrada Escritura en largo estudio por una y otra parte, consideramos el equilibrio con saludable moderación, de modo que no se les denegase totalmente a los lapsos la esperanza de la comunión y de la paz, para que no cayeran en la desesperación y, por cerrarles la vuelta a la Iglesia, se entregasen a una vida de paganos, siguiendo el espíritu del siglo”².

No es, pues, esta una postura particular de Cipriano, sino un acuerdo de toda la Iglesia de su tiempo. Todos vieron la necesidad de ser transigentes, para que los pecadores no se apartasen de la comunidad eclesiástica. Y en esta misma razón vuelve a insistir al final de dicha carta, cuando afirma que los sacerdotes deben imitar al Señor, que acoge benigno a los pecadores, y no cerrarles las puertas de la Iglesia con su dureza y crueldad³.

¹ Ep. 55, 16: ML 3, 851. Utilizamos en este artículo la traducción castellana del P. JULIO CAMPOS: *Obras de San Cipriano* (BAC, Madrid, 1964).

² Ep. 52, 6: ML 3, 791.

³ Ep. 52, 29: ML 3, 819.

Si el Señor fue transigente y benigno con los pecadores y aún con los mismos que le perseguían, no lo pueden ser menos sus sacerdotes. Debemos hacer caso de la doctrina de Dios y no de la de los hombres. Y san Cipriano tacha a los intransigentes de seguir las doctrinas de los filósofos estoicos antes que las de Jesucristo. Según él, la excesiva dureza que se estaba implantando en la Iglesia provenía de la filosofía estoica.

“Pero hay mucha diferencia entre cristianos y filósofos. Y... se ha de evitar lo que no viene de la bondad de Dios, sino se deriva de la presunción de una filosofía demasiado dura”.

La jerarquía eclesiástica debe, por lo tanto, seguir la doctrina y la práctica de Jesucristo, de quien es representante, y deshechar por anticristiano todo rigor e intransigencia inhumana. Su oficio debe ser el del buen pastor que abandona las noventa y nueve ovejas sanas, para buscar a la descarriada⁴; debe ser el buen samaritano, que recoge con cariño al hermano herido y cura sus llagas⁵, el padre bondadoso que se alegra de la vuelta del hijo que le había abandonado⁶.

Pero la transigencia de la jerarquía eclesiástica no debe reducirse solamente a los pecadores, sino también a las relaciones mutuas de la misma jerarquía. Así, los obispos deben respetar las opiniones y prácticas disciplinares de sus compañeros en el episcopado. San Cipriano tacha de demasiado intransigentes a algunos obispos antecesores suyos, que se resistían a dar la paz a los adúlteros. Sin embargo, respeta esta opinión, creyendo que no por eso se debía romper la unidad de la Iglesia, puesto que

“mientras permanezca el lazo de la concordia y perseverare el misterio indivisible de la Iglesia católica, cada obispo reglamenta y dirige sus actos, habiendo de dar cuenta de su administración al Señor”⁸.

La misma caridad que une a la jerarquía eclesiástica debe manifestarse en una saludable transigencia, no sólo con los fieles pecadores, sino con los mismos miembros de la jerarquía.

⁴ Ep. 52, 16: ML 3, 807.

⁵ Ep. 52, 15: ML 3, 806.

⁶ Ep. 52, 19: ML 3, 810.

⁷ Ep. 52, 23: ML 3, 814.

⁸ Ep. 52, 21: ML 3, 811.

El que un obispo o sacerdote siga una disciplina distinta de los demás no debe ser obstáculo a la unidad de la Iglesia, sino una prueba de la caridad que fundamenta a la misma unidad. Cuando los obispos, igual que los fieles, están unidos por la caridad, saben comprender la opinión de los demás y, si su error o su opinión no es obstáculo a la unidad, transigen con su modo de pensar. Y esta transigencia no sólo no rompe la unidad, sino que evita las posibles discusiones y deserciones, causa más frecuente de este rompimiento y de falta de unión en el seno de la comunidad eclesial.

Mas si la caridad es norma universal en el cristianismo, que nunca debe faltar, no lo puede ser la transigencia, ya que hemos dicho que ésta puede ser a veces falta de caridad. Ciertamente la jerarquía eclesial debe ser caritativa y transigente, puesto que su oficio es el del pastor y del médico que cura los miembros llagados de la comunidad. Pero este mismo oficio de médico le obliga con frecuencia a ser intransigente.

“En verdad que no pueden recogerse partes podridas sin que se contagien las intactas y sanas, ni es útil y precavido el pastor que mezcla ovejas contagiadas de epidemias, de modo que contamine al rebaño entero con el azote del mal pegajoso”.

En estas palabras expone san Cipriano el principio fundamental de la medida de la transigencia, que no es otro que el del bien común: antes se debe atender al bien común que al particular. Ciertamente que no sería buen cirujano el que, por querer curar los miembros llagados, cortase la vida con su bisturí también a los miembros sanos. Como tampoco sería buen pastor el que contaminase a todo el rebaño por querer acoger a una oveja contaminada. Del mismo modo, si la transigencia con un miembro de la Iglesia va a acarrear un mal a toda la comunidad, la misma caridad exige la intransigencia con ese miembro.

Se debe usar de indulgencia con cuantos se acercan a la Iglesia arrepentidos de sus pecados, con humildad y sumisión.

“Mas si hay algunos que creen poder volver a la Iglesia no con súplicas, sino con amenazas, o consideran que van a abrir la puerta con el terror y no con lágrimas y satisfacciones, tengan por seguro que la Iglesia del Se-

’ Ep. 55, 15: ML 3, 849.

ñor se mantiene cerrada para los tales y que el campamento de Cristo, que es invencible, resistente y fortificado por la defensa del Señor, no cede a las amenazas"¹⁰.

La Iglesia es una mansión de caridad, y no debe ser alterada su paz por los que pretenden entrar en ella a la fuerza. En estos casos, la autoridad eclesiástica debe usar de toda su intransigencia y fortaleza para proteger la unidad.

“El obispo de Dios, que defiende el Evangelio de Dios y custodia los mandatos de Cristo, puede ser matado, pero no vencido”¹¹.

Nada debe vencer a los sacerdotes del Señor, nada debe quebrantar su energía y su intransigencia, cuando se trata de velar por la unidad de la Iglesia, cuando algo se opone a la caridad y unión de los cristianos. El bien de la comunidad está por encima del bien de uno o de unos pocos. Y si estos, por querer entrar en la Iglesia a la fuerza, van a estorbar al bien común, la jerarquía debe ser totalmente intransigente con ellos. Nunca será lícito echar por tierra la dignidad de la Iglesia católica, ni la firmeza del pueblo fiel, ni la autoridad y poder sacerdotal, por permitir que se levante una iglesia extraña dentro de la verdadera Iglesia de Jesucristo¹².

En toda esta carta al papa san Cornelio, contra los herejes Fortunato y Felicísimo, demuestra Cipriano una gran firmeza e intransigencia en favor de la unidad eclesiástica. Según él, debemos estar dispuestos a la muerte, antes que consentir el rompimiento de esta unidad¹³. Y termina su carta con estas duras palabras:

“No puede haber alianza alguna de la fe con la perfidia. Quien no está con Cristo, quien es adversario de Cristo, quien es enemigo de su unidad y de su paz, no puede unirse a nosotros. Si vienen con súplica y con sentimientos de satisfacer, deben ser escuchados. Si lanzan insultos y amenazas, deben ser rechazados”¹⁴.

De ningún modo se debe transigir con el que pueda romper la unidad, entrando en la Iglesia sin la caridad de Cristo.

¹⁰ Ep. 55, 17: ML 3, 851.

¹¹ Id.

¹² Ep. 55, 18: ML 3, 852.

¹³ Ep. 55, 19: ML 3, 853.

¹⁴ Ep. 55, 21: ML 3, 855.

Para los que han comprendido el amor de Dios y humildemente se arrepienten de sus pecados, deben estar siempre abiertas las puertas de la Iglesia. Pero a los que conservan en su corazón el odio y el furor, a los que desean entrar en la comunidad eclesíástica siendo enemigos del mismo Cristo, sin llevar la garantía de su amor y de la paz fraternal, no se le deben abrir estas puertas. Y en este aspecto los obispos deben adoptar una postura intransigente, estando dispuestos a sufrir la muerte si es preciso, antes que consentir que la Iglesia pierda su unidad por la falta de la caridad.

Podemos afirmar sin temor a dudas que san Cipriano fue un hombre de gran corazón, un pastor modelo que vivió en toda su intensidad el amor evangélico al pecador, a la oveja descarriada. Y este mismo amor a las almas le llevó a calar profundamente en el verdadero sentido de la transigencia, que no consiste en cerrar los ojos y abrir los brazos, sino en abrazar siempre con los ojos abiertos.

Toda esta doctrina de san Cipriano sobre el justo medio y la medida de la transigencia podría resumirse con las frases finales de su citada carta a Antoniano:

“Sería cortar de antemano y cerrar el camino del dolor y arrepentimiento, de modo que, a pesar de la condescendencia del Señor Dios en la Escritura para los que retornan a El y se arrepienten, por nuestra dureza y crueldad, al perderse el fruto del arrepentimiento, se suprimiría el mismo arrepentimiento. Si resulta que nadie debe verse impedido de practicar la penitencia, y que puede concederse la paz por los obispos a los que la suplican y ruegan de la misericordia del Señor, en cuanto que El es misericordioso y bondadoso, hay lugar para admitir los gemidos de los que lloran y no rehusar los frutos del arrepentimiento a los que tienen su pesar... Los que se arrepienten de todo corazón y suplicaron, deben ser admitidos en la Iglesia y ser reservados en ella para el juicio de Dios que, cuando venga a ella, juzgará de aquellos ciertamente que encontrare dentro.

Pero los apóstatas y desertores o adversarios y enemigos y destructores de la Iglesia de Cristo, ni aunque fueren sacrificados por su nombre fuera de ella, pueden ser admitidos, según el Apóstol, a la paz de la Iglesia,

dado que no observaron ni la unidad del espíritu ni de la Iglesia”¹⁵.

Como el mismo Cristo lo hizo, la Iglesia debe perdonar siempre a los pecadores arrepentidos. Debe transigir con los que la han abandonado, pero vuelven humildes a su seno. Debe respetar, con una santa libertad, los criterios dispares de sus miembros, que no se oponen a la unidad. Pero de ningún modo debe transigir con aquellos que quebranten su paz, que lastimosamente despedacen y rompan su unidad.

La caridad, fundamento de la unión, debe estar siempre por encima de todo. Pero cuando la excesiva transigencia corre el peligro de romper la unidad, deja de ser caridad y deja de ser transigencia. El que rompa la unidad, ni aunque muera por Cristo puede ser recibido en la paz de la Iglesia. Con él, ni después de muerto se debe transigir. Con los demás, siempre.

2. La transigencia con los pecadores

A primera vista parecería que, con lo anteriormente dicho, estaría agotado ya el tema de la transigencia en san Cipriano. Sin embargo, creemos conveniente detenernos un poco más en algunos aspectos de esta doctrina. Sentado el principio general de que se debe transigir siempre que el exceso de caridad no provoque la desunión, vamos a ver hasta qué punto, en la mente de Cipriano, se debe transigir con aquellos que, estando dentro de la Iglesia, no viven la santidad que ésta exige a sus miembros.

Está claro que si los miembros de la Iglesia son seres humanos, no puede menos de haber pecados. Y por eso el Señor concedió a sus sacerdotes el poder de perdonarlos. Pero hay cierta clase de pecados externos y más graves, que pueden ser causa de escándalo entre los fieles, y con los que es necesario adoptar una disciplina más rígida, para evitar un rompimiento de la unidad en la caridad. Hasta qué punto deben ser perdonados estos pecados y acogidos estos pecadores es el aspecto de la transigencia que pretendemos estudiar ahora.

¹⁵ Ep 52, 29: ML 3, 855-56.

Uno de los más graves pecados con que tuvo que enfrentarse san Cipriano poco después de su elevación al pontificado, fue el de la apostasía. La terrible persecución de Decio¹⁶ encontró a muchos cristianos desentrenados en la lucha contra el enemigo, y gran cantidad de ellos apostataron de la fe cristiana. Con este motivo escribió san Cipriano, desde su voluntario destierro, el tratado "De Lapsis" y varias cartas, en las que exhortaba a su clero a que recibiesen con alegría en la Iglesia a los lapsos arrepentidos, una vez satisfecha la necesaria penitencia por su pecado¹⁷.

Su disciplina con los pecadores, una vez puesto de acuerdo con los demás obispos, era de una justicia benigna y compasiva. Sin olvidar las leyes del Señor y la divina justicia, él estaba dispuesto a transigir siempre que los lapsos mostrasen su arrepentimiento.

"Nosotros, manteniendo la moderación y mirando el equilibrio del Señor, pensando en la bondad y misericordia de Dios, después de un estudio largo y a fondo, en común deliberación, pesaremos en justa balanza lo que se ha de hacer. Todo esto podéis examinar profundamente después de leer los opúsculos que aquí he leído hace poco y os he transmitido para que también los leáis, como lo exige nuestro mutuo afecto. En ellos no falta para los lapsos ni la censura para reprender, ni la medicina para curar"¹⁸.

El juzgar los pecados pertenece sólo al Señor, debiendo estar sus ministros dispuestos a perdonar siempre que el pecador vuelve arrepentido a buscar el perdón. Es cierto que en la Iglesia hay santos y pecadores, que hay vasos de oro y también los hay de madera y arcilla¹⁹. La preocupación de todo cristiano debe ser la de convertirse él en vaso de oro o plata.

"Pero sólo a Dios es permitido el quebrar los vasos de arcilla, porque El dispone de la vara de hierro. El esclavo no puede ser mayor que su dueño, ni nadie puede

¹⁶ Esta persecución dio comienzo a principios del año 250, siendo una de sus primeras víctimas el Papa san Fabián.

¹⁷ Cfr. "De Lapsis": ML 4, 478-508. Eps. 10, 11, 12, 13, 19, 22, 25, 27, etc.

¹⁸ Ep. 51, 3-4: ML 4, 354

¹⁹ Cfr. 2 Tim. 2, 20

reclamar para sí lo que el padre asigna sólo al hijo, de modo que crea puede meter la pala en la era para aventar y limpiar el grano o separar del grano toda la cizaña a juicio humano. Es una obstinación altiva y presunción sacrílega que se arroga el loco perverso”²⁰.

Estos dos ejemplos escriturísticos de los vasos de oro y arcilla y la cizaña y el trigo nos muestran claramente la idea de Cipriano. Solo Dios dispone de la vara de hierro para romper los vasos de arcilla; solo El es dueño del campo para disponer de la siembra. Sus obreros deben mantener con cuidado todos los vasos, deben abonar la cizaña y el trigo, para que a la hora de la cosecha, en la era, El disponga lo que se debe hacer con una y con otro.

Solo Cristo es el verdadero juez que puede castigar a los pecadores. Sus sacerdotes no deben usar la espada, sino el perdón, ya que no es propio de ellos separar a los buenos de los malos, a los justos de los pecadores. Pretender negar la entrada en la Iglesia a un pecador arrepentido sería, para Cipriano, un atentado temerario y una presunción sacrílega. Sólo el odio, el furor, la falta de caridad pueden llevar a un sacerdote a este extremo. La verdadera caridad, que todo lo sufre y disimula²¹, no puede menos de ser transigente. Y si los sacerdotes de Cristo deben poseer la caridad, no pueden adoptar una postura intransigente con los pecadores, sino que deben abrirles siempre las puertas del amor y de la Iglesia.

Y esta transigencia de que él usaba con los lapsos se debe extender a todos los pecados. Así ya hemos dicho que Cipriano tachaba de rigurosos a los obispos que se habían resistido a dar la paz a los adúlteros²². Y es lógico pensar así, puesto que, quien fácilmente perdona el pecado de apostasía, no puede mostrarse menos benévolo ante otros pecados menos graves.

Esta transigencia con los pecadores no es una idea apriorística y sin fundamento. Tiene un motivo fundamental, que es la misma caridad y la unidad de la Iglesia. Así lo expresa san Cipriano en su citada carta a Antoniano:

“Si rechazamos la penitencia de estos que tienen alguna confianza de que es excusable su culpabilidad, pronto

²⁰ Ep. 51, 3: ML 4, 353.

²¹ Cfr. I Cr. 13, 7.

²² Ep. 52, 21: ML 3, 811.

con sus mujeres e hijos, que han conservado sin daño, a instigación del diablo serán arrastrados a la herejía o al cisma. Y se nos imputará el día del juicio que no curamos a la oveja herida y que por causa de una herida perdimos muchas sanas; y habiendo buscado el Señor una sola descarriada y cansada, dejando las noventa y nueve sanas, y después de hallada haberla llevado a sus hombros, nosotros no sólo no buscamos a los fatigados, sino que apartamos a los que vienen"²³.

El gran peligro de la intransigencia es, pues, el cisma y la herejía. Si se rechaza a los que vuelven arrepentidos al seno de la Iglesia, estos buscarán otro lugar donde ser recibidos y tratarán de llevar consigo a los suyos. Crearán una iglesia distinta, y con ella un cisma y una herejía, que pondrá en grave peligro la unidad eclesiástica. De ese modo, no sólo se aparta del seno de la caridad a un pecador, sino que con él se aparta a otros muchos. Y si la misión de los obispos es la de reunir a toda la grey de Cristo en un solo rebaño, mediante la caridad, su intransigencia tendría como resultado el apartar a las ovejas del único aprisco del Señor, que es su Iglesia.

Los pecadores no son muertos con los que nada se puede hacer, sino enfermos que necesitan ser curados. Y los sacerdotes del Señor deben ser los médicos que curen a estos enfermos, y no a los sanos, que no necesitan de médico. Y los pecadores son los verdaderos enfermos, pues aunque permanecen en la Iglesia, no participan íntegramente de su vida.

"Pero como hay en ellos lo que puede volverles a la fe por el ejercicio de penitencia, la fortaleza para la virtud se arma con la penitencia, de la cual no podrá armarse quien se abata por desesperación; quien, separado de la Iglesia por dureza y crueldad, se vuelva al camino de los gentiles y a las obras del siglo, o viéndose rechazado por la Iglesia se pase a los herejes y cismáticos"²⁴.

Con la sana transigencia se estrecharán más los vínculos de la unidad cristiana, aflojados por el pecado de algunos de sus miembros, y se evitará el rompimiento total de esta unidad, al impedir que se aparten totalmente de la Iglesia. Pues-

²³ Ep. 52, 15: ML 3, 806.

²⁴ Ep. 52, 17: ML 3, 807.

to que la caridad fundamenta la unión de la comunidad cristiana, esa misma caridad exige de la jerarquía la transigencia con los que la han aflojado, para que vuelva a estrecharse de nuevo.

Y nadie debe temer que esta facilidad en perdonar se oponga a la justicia divina. El sacerdote cumple la ley cristiana del amor fraterno, y quien tiene que juzgar en último término de la sinceridad del arrepentimiento es el mismo Dios.

“No prejuzguemos, pues, el juicio del Señor que, si encontrare penitencia plena y suficiente del pecador, ratifique lo que nosotros determinamos acá abajo. Mas, si alguien nos engañare fingiendo penitencia, Dios, que no puede ser burlado y que penetra el corazón del hombre, juzgará lo que nosotros no penetramos, y rectificará el Señor la sentencia de sus siervos”²⁵.

Cuando en realidad los sacerdotes no son más que siervos del Señor, sería apropiarse las mismas facultades de Dios, si pretendiesen juzgar el interior del hombre y rechazar sus muestras externas de arrepentimiento. Y si el Señor perdona con facilidad a los pecadores arrepentidos, en modo alguno deben sus siervos ser más exigentes.

El sacerdote debe llevar siempre en su corazón el amor de Dios, y así como el Señor perdona con facilidad a todos los pecadores, también él debe perdonar con transigencia. Sean ladrones o adúlteros, sean libeláticos o lapsos²⁶, a todos es de sentir Cipriano que se les debe conceder la paz y no negar el perdón a nadie²⁷. La transigencia con los pecadores debe ser absoluta, siempre que éstos den muestras de arrepentimiento.

Y nada mejor para resumir y concluir su doctrina en este punto que sus propias palabras:

“Pensando en la bondad y la clemencia del Señor, no debemos ser tan acerbos, tan duros, tan inhumanos para alentar a los hermanos, sino sufrir con los que sufren y llorar con los que lloran y levantarlos cuanto nos

²⁵ Ep. 52, 18: ML 3, 808.

²⁶ Se llamaban libeláticos los que habían conseguido un falso certificado (*libellum*) de haber sacrificado a los ídolos, mientras que lapsos son los que apostataron de la fe y realmente ofrecieron su sacrificio a los ídolos.

²⁷ Cfr. Ep. 52, 26-27: ML 3, 816-18.

sea posible, con la ayuda y alivio de nuestro amor; ni tan implacables y tercos para rechazar su penitencia ni, por otra parte, laxos y demasiado fáciles para admitirlos en nuestra comunión²⁸.

3. La transigencia con el cisma y la herejía

Hemos visto que la misma unidad eclesiástica exige la transigencia benigna con los pecadores. Pero es muy distinto el caso de los cismáticos y herejes, ya que éstos se oponen directamente a la unidad, y san Cipriano no transige de ningún modo con aquellos que intentan desmembrar la unidad eclesiástica. Sin embargo, en el carácter amable y bondadoso del Obispo de Cartago es difícil imaginarse una postura cerrada y del todo intransigente.

En su constante lucha con el cisma se vio obligado a adoptar una difícil postura media. Por una parte, su gran amor a la unidad le obligó con frecuencia a fulminar el rayo de la excomunión contra aquellos que pretendían levantar una iglesia falsa. Y por otra, su gran caridad se resistía a admitir que los que habían sido sus hermanos pudiesen estar separados del seno maternal de la Iglesia. Hasta qué punto la caridad cristiana puede transigir con la herejía y el cisma, y cómo esta transigencia puede cooperar a la unidad de la Iglesia es la delicada cuestión que seguramente preocupó mucho a Cipriano durante su vida pastoral.

Una cosa está completamente clara, puesto que la repite muchas veces en sus escritos. Y es que los que se han separado de la Iglesia por el cisma o la herejía, de ningún modo forman parte de la unidad eclesiástica, y deben ser considerados como extraños por los miembros de la Iglesia. El que ha roto la unidad por querer levantar otra iglesia distinta debe ser privado de la comunión de la verdadera Iglesia. Puesto que la Iglesia verdadera no es más que una, quien no está en ella tampoco está en Cristo, ni debe estar en comunión con los demás hermanos. Más aún, los cristianos deben huir de ellos, para no ser contagiados por sus falsas doctrinas²⁹.

²⁸ Ep. 52, 19: ML 3, 809.

²⁹ Ep. 55, 21: ML 3, 854.

Pero la obligación que tienen los obispos de velar por la unidad eclesiástica no deben cumplirla solamente ni de un modo primordial excomulgando a los herejes. Su principal obligación es, por el contrario, la de atraer al aprisco de la Iglesia a las ovejas descarriadas.

“Esto, en efecto, procuramos y debemos procurar para lograr en lo posible la unidad que se ha transmitido por el Señor y por los apóstoles a nosotros, sus sucesores, y recoger en el redil de la Iglesia a las ovejas balantes y errabundas que el espíritu contumaz de partido de algunos y su captación herética trata de separar de su madre. Así quedarán fuera sólo los que por su contumacia y locura se abstuvieron y no quisieron volver a nosotros. Ellos habrán de dar cuenta al Señor de la separación y desviación a que se han lanzado y del abandono de la Iglesia”³⁰.

Muchas veces se verán obligados los obispos, por el bien de la unidad eclesiástica, a lanzar la excomunión contra algunos de sus hijos. Pero su principal obligación debe ser la de atraer con amor a los que se han alejado. Siempre habrá alguno que siga obstinado en su herejía y no quiera volver al redil de Cristo. Pero el pastor debe procurar atraer a todos con caridad, para que la unidad de todos se estreche cada vez más.

Será el mismo Dios quien castigue a los cismáticos, y en cierto modo ellos mismos se castigan al separarse de la Iglesia. Pero el obispo debe perdonar y disimular todo cuanto le sea posible. Así actuó san Cipriano con cinco de sus presbíteros que se pasaron al cisma de Felicísimo.

“A la verdad, la providencia de Dios, sin quererlo nosotros ni desearlo, y aún ignorándolo y callándolo, les ha hecho pagar el castigo que habían merecido, de modo que, sin ser excomulgados por nosotros, ellos se han excomulgado por sí mismos... se expulsaron a sí mismos espontáneamente de la Iglesia”³¹.

El lo disimuló todo y se resistió a privarles de la comunión eclesiástica, teniendo en cuenta que el mismo Dios se encargaría de hacerlo. El Juez divino es quien en último tér-

³⁰ Ep. 42, 3: ML 3, 729.

³¹ Ep. 40, 1: ML 4, 342.

mino debe juzgar el interior de los hombres, y sus representantes en la tierra deben transigir todo lo posible, hasta que la misma providencia se encargue de dar el merecido castigo.

Y si los obispos deben mostrarse bondadosos y esperar todo lo posible para excomulgar a los cismáticos, no menos deben recibir con alegría y amor a los que vuelven de nuevo a la Iglesia. Con esta alegría recibió san Cornelio en la Iglesia a ciertos presbíteros romanos que habían caído en el cisma³². Y san Cipriano le contesta en esta forma:

“Por nuestros propios sentimientos podemos hacernos idea de la alegría de este día. En efecto, si al leer aquí vuestra carta que enviasteis acerca de su confesión se alegró toda la comunidad de hermanos y recibió con el mayor gozo esta nueva, de la que todos se congratulaban, ¿qué habrá sido ahí donde se produjo el suceso y causa del presente gozo, a la vista de todos”³³.

Así reaccionaban aquellas comunidades cristianas, con sus obispos al frente, ante la vuelta de los cismáticos a la Iglesia: con una gran alegría, de la que querían hacer partícipes a todas las comunidades. Y san Cipriano encuentra en el Evangelio la razón de esta alegría. Efectivamente, si el Señor dice que habrá gran alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente (Cf. Lc. 15, 7-10), ¿cuál no será la alegría, lo mismo en el cielo que en la tierra, por la vuelta al seno de la madre Iglesia de los hijos que la habían abandonado?

Con este mismo motivo, escribe Cipriano a los presbíteros romanos que habían retornado a la unidad de la Iglesia una hermosa carta³⁴ llena de caridad y afecto e inundada por todas partes de la alegría que experimenta por su vuelta a la unidad. En ella condena una vez más el excesivo puritanismo y rigorismo de otros presbíteros romanos que no veían con tanto agrado el que se les concediese la paz.

Esta postura transigente adoptó también el mismo san Cipriano en su iglesia de Cartago con los que volvían del cisma de Fortunato y Felicísimo. Y se queja a san Cornelio de que su transigencia se enfrenta muchas veces con la excesiva rigurosidad de los miembros de su misma comunidad. Sin embar-

³² Cfr. Ep. 46, 2: ML 3, 742.

³³ Ep. 47, 2: ML 3, 755.

³⁴ Ep. 51: ML 4, 352-54.

go, él trata de convencerles de que todos deben ser admitidos de nuevo en la Iglesia.

“¡Oh, si pudieras, hermano carísimo, si pudieras intervenir con nosotros cuando estos desviados y perversos vuelven del cisma, verías qué trabajo me cuesta vencer de transigencia a nuestros hermanos y calmar su indignación para que consientan en recibir y remediar a los culpables!... Apenas puedo persuadir al pueblo; más aún, tengo que arrancarles el consentimiento para que los admitan. Y la indignación de los fieles es tanto más justa cuanto que uno o dos admitidos con la oposición y contradicción del pueblo, y en cambio por mi condescendencia, después son peores que antes y ni han podido conservar la fidelidad a la penitencia”³⁵.

El, incluso contra la opinión del pueblo, se mostró condescendiente y benigno con todos. Y aún teniendo en cuenta que algunos volvieron de nuevo al cisma y se hicieron peores que antes, no por eso cierra su corazón y sus brazos paternos a los que quieren volver. Porque la tristeza que le producía el comprobar que algunos renegaban de nuevo de su fe, no ahogaba la alegría que le proporcionaba el estrechar en la unidad eclesial a otros muchos. El mismo confiesa su excesiva facilidad y transigencia en admitir a la comunión a los cismáticos, pero nunca se arrepiente de ello. Al contrario, da por bueno el que algunos se hayan hecho peores, por el mayor bien de otros muchos que se han unido de nuevo a Cristo, a la Iglesia y a los hermanos.

Siente una gran pena de que Felicísimo siga tratando de llevar a otros al cisma, pero insiste en que está dispuesto a recibir a todos cuantos quieran volver a encontrar a su obispo y a la Iglesia.

“Si quisieren requerir nuestro juicio, que vengan... Ni la Iglesia aquí se cierra a nadie, ni el obispo rehusa a nadie. Están a disposición de los que vengan nuestra paciencia, nuestra facilidad, nuestra benignidad. Deseo que todos vuelvan a la Iglesia, deseo que todos nuestros compañeros de lucha se recojan dentro del campo de Cristo y de la casa de Dios Padre. Perdono todo, di-

³⁵ Ep. 55, 15: ML 3, 849.

simulo muchas faltas por el gran deseo de recoger a todos los hermanos... Abro mis brazos con amor pronto y pleno a los que vuelven con arrepentimiento"³⁶.

Estas son las palabras de uno de los obispos que más influyeron en el pensamiento eclesiástico de los primeros siglos. Palabras saturadas de cariño y transigencia, de paciencia con el mal y deseos de perdonar, palabras cargadas de amor hacia los que se extraviaban en su camino hacia Dios. ¡Qué lejos está la mentalidad del Santo Obispo de Cartago de la dureza e intransigencia de muchos sectores de la Iglesia de nuestros días!

Cipriano bebió sus ideas en las puras fuentes del Evangelio. Y en estas fuentes aprendió que, si los obispos tienen la grave obligación de velar por la unidad del rebaño de Cristo, deben desempeñar esta misión con una gran caridad, puesto que en el amor se fundamenta la misma unidad. Y de este amor universal de los obispos no deben quedar excluidos los herejes y cismáticos, sino por el contrario, los primeros desvelos del pastor deben ser precisamente para las ovejas descarriadas y alejadas del redil de Cristo. A ellos más que a nadie debe estar dispuesto el obispo a abrir sus brazos, siempre que quieran estrecharse de nuevo en la unidad eclesiástica. Debe perdonarlo y disimularlo todo, con todo debe transigir, con tal que esta transigencia coopere de algún modo a la unidad de la Iglesia.

Un obispo debe imitar al Señor y no ser soberbio ni riguroso. Todo cuanto pase los límites de una justicia benigna y compasiva pone en peligro la unidad de los fieles, e incluso la del mismo sacerdote, a quien su soberbia e intransigencia puede llevar a separarse de la Iglesia.

"Algunos, asumiendo siempre más de lo que una justicia moderada pide, se ponen fuera de la Iglesia, y en tanto que se ensoberbecen insolentemente, cegados por su orgullo, pierden la luz de la verdad"³⁷.

Esta es, en la mente de san Cipriano, la principal causa de las herejías: la excesiva rigidez de los obispos, que procede de su soberbia y su falta de caridad. E insiste en que no es el obispo quien debe separar en la Iglesia a los buenos de los malos, sino el Juez divino, que permite que existan en un mis-

³⁶ Ep. 55, 16: ML 3, 850.

³⁷ Ep. 51, 3: ML 4, 354.

mo campo el trigo y la cizaña. El obispo debe perdonar a todos y cuidar de todos, y en especial de los más necesitados.

De este modo, la caridad de la jerarquía eclesiástica, que se traduce en una saludable transigencia, garantiza la vuelta de los cismáticos a la unidad. Un retorno que se debe buscar con amor, y recibir con alegría, como el Señor busca y recibe en el cielo al pecador que se convierte.

No se puede transigir con los que están fuera de la Iglesia y han roto la unidad. A estos debe privárseles de la comunión eclesiástica. Pero el amor de los cristianos y la transigencia y benignidad del obispo debe impedir que la escisión se lleve a cabo. Y si esta se realiza y los cismáticos o herejes muestran de algún modo su arrepentimiento, se les debe recibir siempre con bondad, sin recelos ni resentimientos, con caridad.

Ciertamente en la Iglesia hay lugar a la intransigencia. Lo hay siempre que la exija la caridad, siempre que el error pueda contagiar peligrosamente a la verdad. Pero en la Iglesia debe tener más lugar la transigencia, ya que esta manifestación del amor cristiano es quien impide muchas veces la separación y es el mejor modo de recibir con alegría a los separados, dándoles de nuevo cobijo en la unidad del seno maternal de la Iglesia de Cristo.

4. Caridad, transigencia y libertad

Como resumen de cuanto hemos dicho, y enfocando las ideas expuestas bajo un punto de vista un poco distinto, vamos a tratar de contestar brevemente, siguiendo la mente de san Cipriano, a las preguntas que nos formulábamos en la introducción de este artículo. Se trata, pues, de ver hasta qué punto la caridad de la Iglesia debe respetar la libertad del individuo miembro de la comunidad cristiana, en su pensar y su actuar, y en qué grado esta transigencia puede y debe cooperar a la consecución de la unidad eclesiástica.

Parece que los autores que han estudiado a san Cipriano se han fijado más en su aspecto jerárquico, de jefe absoluto de una comunidad, que en esta otra faceta de su vida pastoral, de su benignidad y transigencia, y su respeto a la persona humana. Y si es cierto que en él destaca su personalidad de mando, no menos sobresale su carácter amable y benigno.

Indudablemente Cipriano fue el tipo de jefe consciente de todas sus prerrogativas, que impone su autoridad a todos los súbditos. Afirma sin temor que el Señor le concedió la autoridad episcopal, y nadie podrá quitársela ni contradecirla. Pero esta autoridad aparece en él totalmente penetrada por la caridad. Para él, la autoridad es esencialmente servicio, y el usar de ella con fines egoístas sería traicionar al mismo Cristo que se la concedió. De ningún modo, pues, están reñidas la autoridad y la caridad en el que manda, sino que ésta debe ser complemento esencial de aquélla. Y si la autoridad es servicio, el que manda debe respetar a la persona humana con todas sus prerrogativas, y por lo tanto, también su libertad.

Son muchos, los hechos y los escritos en que san Cipriano demuestra su aprecio por la libertad y su transigencia con el diverso modo de pensar de los demás. Pero vamos a intentar penetrar en su pensamiento, valiéndonos de pocos ejemplos.

Uno de los puntos más discutidos de la vida del Obispo de Cartago, y que le costó una dura crítica por parte de algunos de sus compañeros, fue su huida de la ciudad, con motivo de la persecución de Decio. Cipriano contesta a estas críticas en varias cartas³⁸, diciendo que si se ha ausentado de su sede episcopal, ha sido por el bien común de todos³⁹ y de la misma Iglesia⁴⁰. Y acaso estas mismas críticas le movieron a defender en el tratado "De Lapsis" a cuantos seguían su ejemplo, y a sancionar como recto y evangélico este modo de proceder.

"El que sale y se retira no es cómplice del pecado; pero tendrá parte en el castigo quien lo sea en el delito. Por esto mandó el Señor escapar y huir en la persecución, y, además de enseñarlo, lo practicó. Y, en efecto, si la corona del martirio es un don de la bondad de Dios y no puede recibirse sino a su hora, todo el que, permaneciendo con Cristo, se retira entre tanto, no reniega de la fe, sino aguarda su tiempo"⁴¹.

Estas palabras son una clara defensa de la libertad cristiana, en aquellos tiempos de persecución, en que se tomaba la huida por cobardía. Cipriano se enfrenta a esta idea, reco-

³⁸ Cfr. Ep. 14: ML 4, 268-70; Ep. 36: ML 4, 335. etc.

³⁹ Ep. 36, 1: ML 4, 335.

⁴⁰ Ep. 14, 1: ML 4, 268.

⁴¹ De Laps. 10: ML 4, 487.

nociendo que nadie está obligado a aceptar el martirio, si puede escapar de él. Es un acto heroico de virtud, y nadie debe forzar la libertad humana, obligándole a realizar un acto heroico. Más aún, el martirio es un don que Dios concede cuando quiere, y no se debe impedir el cumplimiento de los designios de la Providencia, ofreciéndose al enemigo antes de tiempo. Perseverando en Cristo, cada uno hará lo que Dios le da a entender, sin que los demás deban impedirselo.

Este mismo respeto a la libertad deben tener los obispos unos con otros. Ya hemos visto cómo él respetaba la opinión de otros obispos más exigentes, que se mostraban remisos en conceder la paz a los adúlteros, sin ver en ello motivo alguno de discordia ni peligro para la unidad eclesiástica⁴².

A primera vista parecería que este modo de pensar de san Cipriano no está muy de acuerdo con su actuación en su famosa controversia con el Papa san Esteban, con motivo de la rebautización. Sin embargo, su postura en esta célebre discusión es más bien un claro indicio de su amor a la libertad. Lo que le molestaba en Esteban no era tanto el que sostuviese una idea distinta a la suya, aunque él la creyese equivocada, sino el que tratase de violentar la libertad de los demás, al pretender valerse de su autoridad para imponer su práctica a las demás iglesias. Así lo expresa en su carta a Quinto, valiéndose del ejemplo de la discusión entre san Pedro y san Pablo sobre la circuncisión.

“No hay que apoyarse en la costumbre, sino ha de vencerse por la razón. Pues Pedro, elegido por el Señor como primero, y sobre el que edificó su Iglesia, cuando discutió con Pablo sobre la circuncisión más adelante, no se arrogó nada con altivez y pretensiones; no alegó que tenía la primacía y debían más bien obedecerle los recién llegados y menores, ni despreció a Pablo porque había sido antes perseguidor de la Iglesia, sino admitió la fuerza de la verdad y se avino a las razones justas que Pablo hacía valer; y con esto, evidentemente, nos dio un ejemplo de concordia y paciencia, para que no nos aferremos pertinazmente a nuestro juicio, sino que más bien hagamos nuestro lo que a veces nos sugieren

⁴² Ep. 52, 21: ML 3, 811.

útil y saludablemente nuestros hermanos y colegas, siendo verdadero y justo”⁴³.

Prescindiendo del error dogmático de Cipriano en esta cuestión y de su desconocimiento de las prerrogativas jerárquicas del papado, encontramos en estas palabras una hermosa exposición de lo que debe ser el diálogo, la libertad y la transigencia en la Iglesia. Aún la máxima autoridad eclesiástica debe escuchar las opiniones de sus súbditos, sin aferrarse con pertinacia a su propio juicio. En ese diálogo encontrará muchas veces la jerarquía sugerencias útiles para el bien de la comunidad, que nunca hallaría si se cierra en su autoridad y desprecia las opiniones de los súbditos.

Y esta libertad que supone el escuchar y atender las opiniones de los demás en nada perjudica o disminuye la autoridad de la jerarquía.

“Pues no quedamos vencidos cuando se nos ofrecen ideas mejores, sino quedamos armados, sobre todo en lo que se refiere a la unidad de la Iglesia y a la verdad de nuestra esperanza y fe”⁴⁴.

De ningún modo debe considerarse una humillación para la autoridad el recibir de un súbdito una idea mejor que la suya. Más bien es una victoria el saber escucharla y llevarla a la práctica, cuando es conveniente para el bien de la unidad. Porque esta unidad de la Iglesia, que ciertamente debe garantizar la jerarquía, debe ser preocupación de todos los miembros de la comunidad eclesiástica. Y los súbditos pueden, a veces, ver más claramente desde abajo lo que la autoridad no ha visto desde arriba.

“Pueden ser inspiradas a otros muchas cosas mejores, y cada uno no debe defender obstinadamente su primera idea y convicción, sino abrazar de buena voluntad otras cosas mejores y más útiles”⁴⁵.

La caridad de los obispos debe impedir en ellos toda soberbia, y moverles a atender benignos las opiniones de los demás. Y esa misma caridad debe llevarles a transigir con la libertad de opinión de los súbditos, y atender sus opiniones,

⁴³ Ep. 71, 3: ML 4, 423.

⁴⁴ Ep. 71, 3: ML 4, 424.

⁴⁵ Ep. 71, 3: ML 4, 423.

siempre que estas sean provechosas para la unidad de la Iglesia. Esta transigencia en nada merma la autoridad de la jerarquía, sino al contrario, ya que toda autoridad es un servicio, y atendiendo a los demás, les sirven, fomentan su personalidad y su libertad, y este mutuo entendimiento entre autoridad y súbditos y entre los diversos miembros de la misma jerarquía hace que los nudos de la concordia y la unidad se estrechen cada vez más.

* * *

Como resumen de cuanto llevamos dicho sobre este tema de la transigencia y su influencia en la unidad eclesíastica, podemos reducir la doctrina de san Cipriano a los siguientes puntos:

1) La unidad de la Iglesia no puede realizarse a costa de la verdad. Ya que la verdad no es más que una, y no puede estar en distintas iglesias que tienen doctrinas diversas. Por eso, los cristianos deben evitar, en cuanto puedan, el trato con los herejes, para no ser contaminados de sus ideas falsas⁴⁶.

2) Tampoco puede conseguirse la unidad a costa de la jerarquía, ya que tampoco hay más que una autoridad en la Iglesia, que es la que viene de Cristo a través de los apóstoles. Quien quiera erigirse en autoridad fuera de esta legítima sucesión, debe considerarse fuera de la Iglesia y enemigo de la unidad.

3) La caridad y celo de los obispos debe impedir que sus fieles se pasen a la herejía o al cisma. Y esa misma caridad debe hacerles amables y transigentes con todos cuantos quieran volver a la unidad, olvidando su anterior error.

4) Dentro del seno de la Iglesia debe existir una gran transigencia con los pecadores que se muestran arrepentidos, perdonando siempre, ya que la excesiva intransigencia puede llevarles al cisma o a la herejía.

5) La Iglesia debe respetar la personalidad y libertad de sus miembros, prestándose benigna al diálogo con todos, escu-

⁴⁶ Cfr. III Test. 78; De Unit. Eccl. 23: ML 4, 534.

chando con caridad sus opiniones, y llevándolas a la práctica siempre que sean razonables. Y esta misma libertad exige que se respeten las distintas actuaciones disciplinares de los obispos, ya que esto no debe impedir la unidad eclesiástica, sino fomentarla, como consecuencia de la mutua comprensión y caridad.